

DE NUESTRO CONCEPTO DE LA GRAMÁTICA AL DE LA GRAMÁTICA DE LAS LENGUAS SEMÍTICAS

JESÚS CANTERA ORTIZ DE URBINA

0. A MANERA DE INTRODUCCIÓN

Hablar en Palma de Mallorca, y más aún en este «Estudi General Lul·lià», sobre el tema que hemos titulado «De nuestro concepto de la gramática al de la gramática de las lenguas semíticas» no sólo invita sino que incluso obliga a dedicar un caluroso homenaje a esa figura por tantos conceptos venerable y benemérita del beato Raimundo Lulio, nacido en Mallorca hacia el año 1232 y fallecido el 25 de marzo de 1316. Insigne orientalista y romanista a la vez, escribió directamente unas veces en catalán, otras en latín, y otras en árabe.

Aunque no se conservan los textos originales, todo confirma que escribió originalmente en árabe el *Compendio de la Lógica de Al-Ghazzali*, el *Llibre de Contemplació* y el *Llibre del Gentil e les tres saviis*, que más tarde tradujo él mismo al catalán.

Recordaremos también que consiguió del rey don Jaime II de Mallorca la fundación en 1276 de un centro en Miramar para que en él pudieran estudiar árabe trece futuros misioneros en tierras de Islam.

Nuestro terciario franciscano Raimundo Lulio compartió con el rey Sabio Alfonso X el mérito de ser uno y otro pioneros en emplear una lengua romance, para obras filosóficas y científicas.

Como decíamos hace un momento, nuestro terciario franciscano, a quien por distintas razones tenemos especial devoción, escribía unas veces en árabe, otras en catalán, y otras también en latín. Recordaremos su célebre *Ars Magna* o *Ars compendiosa inveniendi veritatem*; y lo hacemos,

Revista Española de Lingüística, 28, 1, págs. 1-28.

entre otras razones, para poner en relación este título con el que Descartes, casi tres siglos y medio más tarde, dio a su *Discurso del método*, cuyo nombre completo en francés es el de *Discours de la méthode pour bien conduire la raison et chercher la vérité dans les sciences*.

I. EL LLAMADO ASPECTO VERBAL

Herradura que chacolotea, clavo le falta Es muy fácil que al oír o leer este refrán nos llame la atención el verbo *chacolotear*. Nada más sencillo que recurrir a un buen diccionario para despejar la incógnita. Prescindiendo ahora de los bilingües, recurrimos al de la Real Academia y en él leemos que se trata de una voz onomatopéyica¹ que significa *hacer ruido la herradura por estar floja o faltarle un clavo*. Acudimos luego al de María Moliner y vemos que, además de dar el significado de ‘hacer ruido la herradura por estar poco sujeta’, añade: ‘Traquetear. Hacer ruido semejante otras cosas duras que se chocan o golpean repetidamente.’ ¡Muy bien ese *repetidamente!*

Como en otros muchos casos, vale la pena recurrir también al Diccionario de Autoridades, en el que como ejemplo del verbo *chacolotear* figura el refrán que nos está sirviendo de introducción y que muy acertadamente explica diciendo: ‘Reprehende a aquel que habla mucho de su nobleza o habilidades, con que se da a entender que el mismo hablar mucho es indicio de que le falta algo para ser cierto’². Este refrán, en efecto, se aplica al fanfarrón y al vanidoso para dar a entender que, muchas veces, cuando alguien se vanagloria de algo, es porque no lo posee, coincidiendo así con el refrán que dice *dime de qué presumes, y te diré de qué careces*.

Conocido el significado de este refrán *herradura que chacolotea, clavo le falta*, y resuelta la cuestión semántica del verbo *chacolotear*, procede fijar la atención en esa terminación *-ear*, o más exactamente *-otear*, por si pudiera encerrar algún valor gramatical especial.

¹ Así dice también la edición 19.^a (del año 1970). En otras anteriores, por ejemplo la 16.^a (del año 1939) dice que viene de *choclo*. Y eso mismo aparece en el *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* de Corominas, aunque en él así *chacolotear* como *chacolo-teo* aparecen, no en *choclo*, sino en *choclar*, que es interpretado como «introducir la bola por las barras en el juego de la argolla» y también como «colarse rápidamente por un lugar». Y su origen es explicado como una «onomatopeya del ruido de la bola al dar con la argolla y entrar de rechazo».

² Recuerda además el dicho latino *equina solea crepitat, clavum expetit*.

De momento nos limitaremos a señalar el valor de reiteración que es fácil descubrir en la terminación *-ear* y que parece no haber pasado inadvertido a María Moliner. Valor reiterativo que podemos encontrar en toda una serie de verbos en *-ear*, como *toquetear* (que el DRA explica diciendo: 'tocar reiteradamente y sin tino ni orden'), o como *besuquear* (= 'besar repetidamente', también según el DRA). Y otros verbos como *temblequear*, *mordisquear*, *martillear*, *golpetear*, *picotear*, *patear*, *parpadear*, *tirotear*, *revolotear*; y los muy significativos *taconear* y *zapatear*; sin olvidar el muy gráfico y expresivo *nalguear*; e incluso verbos como *callejear*, *olfatear*, *tamborear*, *repiquetear*; y también otros como *tabernear* y *copear*.

Importante y significativa resulta a este respecto la comparación que se puede hacer entre *tocar* y *toquetear*, y entre *besar* y *besuquear*. Comparación que cabe extender a toda una serie de verbos como *llorar* y *lloriquear*, *morder* y *mordisquear*, *correr* y *corretear*, e incluso *temblar* y *temblequear*, *clavar* y *clavetear*; etc.

No conformes con estas alternancias, recogemos otras en las que aparece la alternancia que opone una terminación *-otear* a otra *-ar*, como *bailar* y *bailotear*, *charlar* y *charlotear*, *pisar* y *pisotear*, *pegar* y *pegotear*, *parlar* y *parlotear*, *volar* y *revolotear*, *lavar* y *lavotear*, *fregar* y *fregotear*. En estas alternancias, la terminación *-otear* suele añadir al significado o idea de repetición un matiz un tanto peyorativo. Y así, *bailotear* es 'bailar mucho, sobre todo cuando se hace sin gracia ni formalidad', según el DRA; y *pisotear* es 'pisar repetidamente, maltratando o ajando una cosa', asimismo según el DRA; y *parlotear* es 'hablar mucho y sin sustancia con otros, o por diversión o pasatiempo', siempre según el DRA.

Queda aún una observación más respecto a la terminación en *-ear*. Y es la que se refiere a su empleo en verbos que dicen relación con colores, como *amarillear*, *anaranjear*, *bermejear*, *blanquear*, *broncear*, *clarear*, *colorear*, *negrear*, *rojear*, *rosear*, *verdear*. En la mayoría de ellos hay un matiz de 'ponerse' o 'empezar a ponerse', es decir un matiz que viene a coincidir con el aspecto incoativo, lo mismo que en otros correspondientes con terminación *-ecer*.

En un estudio muy profundo, acerca del verbo en el francés contemporáneo³, se afirma que no procede hablar de aspecto incoativo, de aspecto

³ Eugenio de Vicente, y Covadonga López Alonso. *Morfosemántica del verbo en francés contemporáneo*. Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1986.

perfectivo y de aspecto volitivo como hacen los gramáticos, sino que se ha de hablar de «unidad aspectual aplicable a pluralidades temporales»

Desde nuestro punto de vista, sin embargo, se le dé el nombre que se le dé, el aspecto incoativo, así en francés como en español, y también en otras lenguas, es una realidad palpable que debe ser tenida en cuenta al enfocar el estudio gramatical del verbo. Y lo mismo cabe y procede decir de los demás aspectos verbales, como el iterativo entre otros.

En la mayoría de nuestras lenguas indoeuropeas la conjugación verbal gira esencialmente en torno a lo que denominamos tiempos y modos y también en torno a la voz. No sólo es cómodo y práctico, sino que responde además a una realidad evidente. De todas maneras, una buena gramática no debe prescindir en modo alguno del aspecto verbal ya que también en nuestras lenguas desempeña un papel realmente importante.

Al referirnos al estudio de una lengua semítica podríamos decir que lo esencial es el significado de la raíz, siendo muy conveniente hacerse con un léxico básico de raíces ya que sobre él es posible construir todo un armazón de acuerdo con unas «normas o procedimientos gramaticales»

Por otra parte, en la conjugación verbal de las lenguas semíticas sólo hay, en realidad, dos tiempos: uno que podríamos denominar «perfecto» y otro que se suele llamar «imperfecto». Añadamos que no se trata de tiempos como los nuestros, sino más bien sólo en el sentido de expresar o manifestar la oposición de acción acabada en el caso del «perfecto» y de acción inacabada o durativa en el del «imperfecto». En cambio, suele darse notable importancia a las llamadas formas verbales. Unas formas verbales que suelen realizarse mediante modificaciones consistentes o bien en la duplicación de la segunda o de la tercera consonante radical o bien por medio de una letra prefijada a la raíz o infijada en ella.

En mucha menor medida y con un alcance infinitamente más reducido, también en nuestras lenguas indoeuropeas el juego de prefijos, sufijos e infijos tiene su importancia. Pero la gran diferencia está en que una buena gramática de cualquier lengua semítica se estructura sobre el juego de las raíces y de las «normas gramaticales», cosa que no ocurre, ni mucho menos, en las de nuestras lenguas indoeuropeas.

Aunque no sea precisamente lo mismo, las llamadas formas verbales de las lenguas semíticas recuerdan lo que ocurre en latín con la formación de algunos verbos mediante el uso de prefijo y alguna vez de sufijo e incluso, aunque no nos demos generalmente cuenta, a veces también de infijos. Recordemos, como sencillo ejemplo, que sobre *ducere* 'llevar' se han formado

los verbos *educere* 'sacar...', *conducere* 'conducir...', *deducere* 'apartar, sacar...', *educere* 'sacar, ...', *inducere* 'inducir, introducir...', *introducere* 'hacer entrar, introducir...'. Y que sobre *ferre* 'llevar' se han formado *afferre* 'traer, añadir', *auferre* 'quitar', *conferre* 'reunir, comparar', *differre* 'diferir', *efferre* 'sacar fuera', *inferre* 'inferir, llevar dentro', *offerre* 'ofrecer', *referre* 'referir', *sufferre* 'soportar, sufrir', con un interesante juego de tema de presente, de pretérito y de supino en cada caso⁴. Y recordemos también que sobre *lucere* 'lucir, brillar' se formó *lucescere* 'amanecer, brillar el sol'; y sobre *florere* 'estar en flor' el verbo *florescere* 'echar flor o comenzar a echar flor', es decir 'florecer'.

Desde nuestro punto de vista sería conveniente y al mismo tiempo muy formativo dar una mayor importancia y más relieve a lo que suele llamarse el «aspecto verbal». Y así lo hemos procurado hacer respecto al francés en nuestras gramáticas francesas concebidas y enfocadas pensando en usuarios hispanohablantes⁵. Sin pretender ser exhaustivos, presentamos y estudiamos hasta 22 aspectos verbales. Y lo hacemos convencidos de su utilidad y porque consideramos que el llamado aspecto verbal no sólo debe tener cabida en nuestras gramáticas, sino que se le ha de dar toda la importancia que merece. Es una manera prudente de contribuir a dar entrada en nuestras gramáticas a un enfoque más amplio y sobre todo más real.

Al considerar el verbo *chacolotear* hacíamos alusión a su carácter iterativo que igualmente aparece en otros verbos acabados en *-ear*.

En relación con el aspecto reiterativo cabría recordar en latín no sólo el adverbio *iterum* 'segunda vez, de nuevo', sino también las locuciones adverbiales *semel atque iterum* 'una y otra vez', *iterum ac tertium* 'segunda y tercera vez', sin olvidar *iterum atque iterum* 'una y muchas veces; una y mil veces'.

Y como la gramática no sólo se ha de hacer pensando en los escritores de reconocida solvencia sino también en el habla del pueblo, como hizo muy acertadamente Juan de Valdés al basar con gran frecuencia su *Diálogo de la lengua* en los refranes, recordaremos el cantar español que dice: *Hacer las cosas de prisa / es un pecado mortal / porque hay que hacerlas de nuevo / pá que no queden mal*. Por eso el latín nos recomienda *Festina len-*

⁴ attuli - allatum, abstuli - ablatum, contuli - collatum, distuli - dilatatum, extuli - elatum, intuli - illatum, obtuli - oblatum, retuli - relatum, sustuli - respectivamente.

⁵ Por ejemplo: Jesús Cantera, y Eugenio de Vicente. *Gramática francesa*. Madrid, Cátedra. 1ª edición: 1986.

te⁶, que el francés expresa diciendo: *Hâtez-vous lentement* y el español, muy significativamente aconsejando: *Visteme despacio, que tengo prisa* y también: *Vete despacio si tienes prisa*, y asimismo: *Date prisa despacio, y llegarás a palacio*.

Empezábamos nuestra intervención con el refrán *herradura que chacolotea, clavo le falta*. Nos vamos a permitir traer ahora a colación otro refrán, éste más conocido. Es el que dice: *no por mucho madrugar amanece más temprano*, en el que se nos ofrece ese precioso verbo español *amanecer*, con esa terminación *-ecer* que encierra un claro valor incoativo.

Vale la pena recordar la bonita serie española *amanecer* - *atardecer* - *anocheecer*, cuya equivalencia en otras lenguas así indoeuropeas como semíticas resulta muy elocuente. Nos limitaremos a recordar por un lado los verbos latinos *lucescere* para *amanecer* y *noctescere* para *anocheecer*; y por otro los verbos árabes *أصبح* para *amanecer* y *امسى* para *anocheecer*. En los verbos latinos *lucescere*⁷ y *noctescere*⁸ la idea incoativa está en el infijo *-esc-*; en los árabes en el prefijo *í* sobre el que descansa la primera consonante de la raíz, es decir en lo que llamamos la forma cuarta de la conjugación árabe.

En no pocas lenguas indoeuropeas hay que recurrir a una locución como *poindre le jour* (o *poindre l'aube* o *se faire jour*) y *tomber la nuit* (o *se faire nuit*) en francés, a *Tag werden* (o *Tagesbeginn irgendwo ankommen* o *Vorscheinkommen*) y *Nacht werden* (o *zur Nachtzeit ankommen*) en alemán⁹. El italiano, en cambio, dispone de los verbos *albeggiare* y *annottare* para estas significaciones. En inglés: *to down* y *to grow dark*.

El sufijo latino *-escere* tiene un amplio reflejo en el infijo *-iss-* que aparece en algunas personas y tiempos de un buen número de verbos franceses y también en nuestro sufijo *-ecer* de toda una serie de verbos españoles en los que con frecuencia sirve para expresar el aspecto incoativo, permitiendo marcar la diferencia entre *estar en flor* y *floreecer*, entre *ser viejo* y *envejecer*, entre *ser joven* y *rejuvenecer*; o entre *estar verde* y *reverdecer*¹⁰, entre *ser negro* y *ennegrecer(se)*, o entre *estar blando* y *reblandecerse*, entre *estar duro* y *endurecerse*, o entre *estar desvanecido* y

⁶ Recomendación que recoge Suetonio, atribuyéndola a Augusto: *Augusto*, 25.4.

⁷ Para expresar *amanece*, el latín también emplea: *sol exoritur, dies appetit, lux uenit*.

⁸ Para expresar *anochece*, el latín también emplea. *uesperat, auesperascit, nox appetit*. Y no olvidemos la preciosa expresión *donec illuscet dies* de la Vulgata en *Proverbios* 7, 18.

⁹ También se dice a veces *Abend werden*, que más bien equivale a *atardecer*.

¹⁰ En latín: *uirere* y *uirescere*.

desvanecer(se); e incluso entre *estar muerto* y *perecer*; y en cierto modo también entre *estar vivo* o *vivir* y *nacer*, aunque en este caso no aparezca de manera manifiesta e inequívoca en español la terminación *-ecer*, que sí está en latín popular *nascēre* (que da el francés *naître*) o *nascēre* (que da el español *nacer*).

La serie latina en *-escere* es muy rica y sobre todo muy significativa, ya en latín clásico; y más aún, si cabe, en el popular, en el que, por ejemplo, para expresar la idea de «empezar a parecer», se crea sobre *parere* el bonito verbo *parescere* que da origen al español *parecer(se)* o *parescere*, de donde nació el francés *paraître*.

Recordemos, entre otros, ya en el clásico, *maturescere*, junto a *maturare*, *aegrescere* ‘andar enfermo, ponerse enfermo o enfermar’ junto a *aegrere* ‘estar enfermo o hallarse enfermo’; y *florescere* ‘florecer’ junto a *florere* ‘estar en flor’.

Al *florescere* latino y al *florecer* español corresponde en árabe *ازهر*, forma cuarta de *زهو*. El francés, por su parte, emplea *être en fleur* para *estar en flor* (*florere* en latín; *زهو* en árabe), mientras que para nuestro *florecer* (el *florescere* latino y el árabe *ازهر* emplea *fleurir*, que en algunas personas y tiempos tiene el infijo de origen incoativo *-iss-*.

Pasaremos por alto la locución *أصبح عالماً* ‘se hizo sabio’. Pero no dejaremos de recordar el verbo árabe, también en este caso de la llamada forma cuarta (con frecuencia de valor incoativo) *اصبح* para significar ‘empezar a madurar los dátiles’ por un lado y ‘abortar la camella’ por otro, ya que este verbo nos revela por otra parte un vocabulario propio de beduinos para quienes así la palmera y sus frutos como el camello (y más aún la camella) tienen una tan gran importancia.

Para significar ‘envejecer’, el latín clásico empleaba *senescere*, *insenescere* (propiamente = ‘llegar a envejecer’) y *ueterescere* o *ueterascere*. Para ‘hacerse joven’ o ‘crecer’, en cambio, el latín clásico empleaba *iuuenescere* o *adolescere*. El verbo *adolescere*, del que deriva *adolescens*, origen de nuestro *adolescente*, lo encontramos, por ejemplo, en Plauto aplicado a las muchachas o *puellae* para significar que van creciendo al propio tiempo que su cuerpo se va desarrollando.

Como correspondencia del *devenir* francés y del *werden* alemán (que sirven para expresar la idea de «dejar de ser una cosa para pasar a ser otra») solemos recurrir en español a las expresiones *convertirse en*, *llegar a ser* o *hacerse*. Pero en algunos casos, cuando se refieren a un adjetivo, cabe hallar exacta correspondencia en verbos en *-ecer* que con frecuencia coinci-

den con otros franceses en *-ir*, con infijo *-iss-* en algunas personas y tiempos de la conjugación:

devenir vieux o *vieillir*. *alt werden* 'envejecer' o 'hacerse viejo'

devenir grand o *grandir*. *gross werden* 'crecer' o 'hacerse mayor'

devenir plus petit (o *rapetisser*). *kleiner werden* 'empequeñecer(se)' o 'hacerse más pequeño'

devenir riche o *s'enrichir*. *reich werden* 'enriquecerse' o 'hacerse rico'.

Pasaremos por alto los verbos latinos *noscere* y *cognoscere*, y asimismo los griegos γνοεῖν ('conocer') y γινώσκειν (propriadamente 'aprender a conocer'), a pesar del interés que ofrece la consonante sigma que aparece en γινώσκειν.

Pero sí recordaremos el verbo latino del lenguaje familiar *dormiscere* junto a *dormire* para marcar la diferencia entre *dormirse* o *quedarse dormido* por un lado y *dormir* o *estar dormido* por otro. El francés dispone de una forma particular para expresar el incoativo o iniciativo correspondiente al verbo *dormir*: *s'endormir* en la que el reflexivo se ve reforzado por la partícula *en*. Algo parecido ocurre en *s'en aller* ('irse') frente a *aller* ('ir').

Una simple forma reflexiva sirve en algunos casos para expresar el aspecto incoativo. Es el caso, entre otros, del francés *se mourir* y del español *morirse*, procediendo recordar a este respecto la famosa y muy significativa frase de Bossuet en la oración fúnebre de Enriqueta de Inglaterra cuando, para insistir en su muerte casi repentina, pronunció, llenas de fuerza, aquellas tan expresivas palabras «Madame se meurt! Madame est morte!», con las que llamaba la atención del auditorio advirtiéndonos a todos que es necesario estar preparados en todo momento ya que la muerte nos puede sorprender cuando menos lo pensamos.

Cabe recordar asimismo el aspecto incoativo encerrado en algunos verbos pasivos latinos como *nascor*, *morior*, *orior*, *proficiscor*, e incluso otros como *conor*.

II. EL TEMA DEL VERBO

No deja de ser significativo que en español y en francés, y lo mismo en italiano y en alemán, y naturalmente en otras muchas de nuestras lenguas, expresemos el verbo con su forma en infinitivo, mientras que en las lenguas semíticas lo hacemos con la tercera persona singular masculina¹¹ del pre-

¹¹ Decimos tercera persona singular masculina, porque también existe una forma femenina para la tercera persona.

térito o perfecto por ser ésta la base de toda la conjugación y de las distintas formas verbales (قتل 'mató'; كتب 'escribió'). En latín y en griego, en cambio, suele emplearse la primera persona del singular del presente de indicativo, aunque existe también la tendencia a emplear el infinitivo. Magnífica, por otro lado, la formulación latina de enunciar un verbo con la primera y segunda personas del singular del presente de indicativo, infinitivo, primera persona del singular del pretérito y supino (*amo, amas, amare, amaui, amatum; facio, facis, facere, feci, factum; cano, canis, canere, cecini, cantum; fero, fers ferre, tuli, latum*). Y también la alemana al dar el infinitivo, el imperfecto y el participio de pretérito (*brennen, brannte, gebrant; bringen, brachte, gebracht; gehen, ging, gegangen; geben, gab, gegeben*).

En relación con el llamado «tema del verbo» afirma Bally¹² en su comentario a la *Gramática de Port-Royal* que

ce qu'on appelle la troisième personne devrait être le thème du verbe, comme il l'est aussi dans toutes les langues orientales. Car il est plus naturel que le verbe signifie premièrement l'affirmation, sans marquer aucun sujet, et qu'ensuite il soit déterminé, par une nouvelle inflexion à renfermer pour sujet la première ou la seconde personne.

Afirmación muy discutible ya que el tema del verbo está en el radical y además en un mismo verbo se juntan a veces varios radicales o temas, como ocurre, por ejemplo, en el verbo francés *aller* (*ambulare* o *allare, uadere e ire*).

III. EL TIEMPO VERBAL

Al considerar la diferencia de enfoque de la gramática según se trate de una lengua indoeuropea o de una lengua semítica se ha de tener en cuenta lo que cabría denominar como «tiempo verbal y cultura», ya que, a nuestro entender, la noción de tiempo varía de una cultura a otra.

Algunas lenguas, en efecto, expresan este concepto de formas diferentes; y, en consecuencia, la misma frase en dos lenguas distintas puede incluir un espacio diferente de tiempo. Esto tiene particular interés al traducir de una de nuestras lenguas a una lengua semítica como el árabe o el hebreo y sobre todo al traducir un texto clásico en lengua semítica a cualquiera de nuestras lenguas indoeuropeas de la Europa occidental.

¹² Capítulo XIV, pág. 116 y sigs. de la edición de Bally.

3.1. *El omnitemporal*

Caso muy especial el del «pretérito» árabe كان que en el Corán es empleado con valor simultáneo de pasado, de presente y de futuro, cuando refiriéndose a Dios significa que «es», «ha sido» y «será». El tiempo no afecta en modo alguno a la existencia de Dios, que es eterno, sin principio ni fin, y en cuya existencia no hay ni pasado ni futuro ya que es omnitemporal¹³.

Todo esto está en cierto modo en muy íntima relación con el «Yo soy el que soy» de Éxodo 3, 14¹⁴, palabras con las que Dios se define a sí mismo, al responder a Moisés que le ha preguntado qué dirá a los israelitas cuando le pregunten cuál es el nombre del «Dios de sus padres que le envía a ellos». Es el אהיה אשר אהיה del hebreo masorético, que en los Setenta aparece magistralmente traducido por ἐγώ εἰμι ὁ ὢν, y en la Vulgata por *ego sum qui sum*.

Ese tiempo «omnitemporal» viene a ser el mismo que —servatis servandis— empleamos cuando, al proclamar la virginidad de Nuestra Señora, decimos que fue virgen antes del parto, en el parto y después del parto, cuyas dos primeras partes al menos habían sido anunciadas en Isaías 7, 14 y fueron luego proclamadas en San Mateo 1, 18-25.

La traducción de las palabras de Éxodo 3, 14 אהיה אשר אהיה no parece ofrecer dificultad alguna. Sin embargo, un empresario escritor que se dice teólogo pone peros a esta traducción y escribe: «Pero esta traducción de los originales es engañosa porque el verbo ‘ser’ en la lengua hebrea no tiene connotaciones metafísicas ni estáticas; tiene un significado dinámico.» Y prosigue: «La mejor traducción la hace el judío A. Chouraqui: ‘Yo seré el que seré’. Traducción —añade— que sigue el canónigo Osty en su excelente versión de la Biblia. Dios entonces ‘es trascendente’ (*Biblia de Jerusalén*), y por eso algunos traducen ‘Yo soy lo que soy’, que rodea a su nombre del misterio que envuelve lo infinito, ya que sobrepasa nuestros pensamientos inquisidores sobre su esencial» (sic). Naturalmente no vamos a entrar ahora en tan delicado problema, pero sí dejaremos constancia de que, sin dudar lo más mínimo, nos quedamos con la traducción tradicio-

¹³ Recordaremos que la sura 112 (*La unidad de Dios*) dice así en sus cuatro únicas aleyas: *Di: Dios es uno. Es el Dios eterno. Él no ha engendrado y tampoco ha sido engendrado. Nadie como Él.*

¹⁴ En ese mismo versículo añade: *el que soy (es decir, Dios) me envía a vosotros.*

nal, haciendo constar que la clave para la interpretación del אהיה hebreo no está en ese pretendido carácter dinámico atribuido al verbo היה como en la estructura de la conjugación hebrea (y semítica en general) que atiende más al aspecto que al tiempo. Por otra parte, al atribuir ese pretendido carácter dinámico al verbo «ser» del hebreo, se olvida su característica de ser verbo de acción y asimismo verbo de estado¹⁵. De ahí la importancia de tener muy presente el enfoque dado a la gramática en cada lengua y en este caso concreto a la relación «tiempo verbal y cultura» a la que nos estamos refiriendo.

Este recuerdo del texto bíblico «Yo soy el que soy» de Éxodo 3, 14 nos trae a la memoria el famoso «cogito, ergo sum» de Descartes, aunque su significado y su intención, evidentemente, sean muy otras. Pero vale la pena fijarse en las correspondencias de ese «cogito, ergo sum» latino o «je pense, donc je suis» francés, que en español traducimos por «pienso, luego existo», poniéndose una vez más de manifiesto la excelencia de nuestro idioma, ya que, además de distinguir entre *ser* y *estar*, el español acierta plenamente a emplear aquí el verbo *existir*, al decir *existo*, en lugar de *soy* o de *estoy*.

Con el acertado empleo de los verbos *ser* y *estar* distinguimos entre lo permanente y lo transitorio, entre lo inherente y lo accidental¹⁶. Diferencia que cabe apreciar entre *ser guapa* y *estar guapa*, entre *ser elegante* y *estar elegante*, entre *ser delgado* y *estar delgado*, entre *ser gordo* y *estar gordo*, entre *ser alegre* y *estar alegre*, etc.

¹⁵ A pesar de renunciar a detenernos en la versión e interpretación de estas palabras, no dejaremos, sin embargo, de recordar otros pasajes que pueden servir para poner las cosas en su punto. En primer lugar, la continuación del relato, en ese mismo pasaje 3, 14 del libro del Éxodo, אהיה שלחני אליכם, que la Vulgata traduce por *Qui est misit me ad vos*, es decir 'El que es me ha enviado a vosotros' (según las versiones, generalmente sobre la Vulgata), o 'Yo soy me ha enviado a vosotros' (según otras versiones, generalmente sobre el hebreo masorético). Y en segundo lugar recordaremos varios pasajes del libro del Apocalipsis. Por ejemplo: a) *Paz de parte de Aquél que es y que era y que ha de venir* (1, 4); b) *Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin, dice el Señor Dios, el que es, y el que era, y el que ha de venir, el Todopoderoso* (1, 8); c) *Los cuatro animales (...) no cesaban día y noche de proclamar: Santo, Santo, Santo el Señor Dios omnipotente, el que era, y el que es, y el que ha de venir* (4, 8); d) *Te damos gracias, Señor Dios omnipotente, que eres y que eras*, frase a la que la Vulgata, de acuerdo con otros pasajes, añade: *et qui uenturus es* (11, 17). En el texto del Éxodo que hemos comentado Dios se define, a nuestro entender, como el único que existe por sí mismo, como el Ser por excelencia, el Ser eterno (*el que es, y el que era, y el que ha de venir* del libro del Apocalipsis), principio y fin de todas las cosas, el alfa y la omega.

¹⁶ Véase *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*. 3.3.3.b., pág. 366.

¡Magnífica a este respecto la expresión *llena eres de gracia* del *Ave María* en español, correspondiente al *gratia plena* del latín, que el francés reproduce por *pleine de grâce* y el alemán por *voll der Gnade*. El griego, por su parte, lo expresó diciendo *κεχαριτωμένη*¹⁷. No es lo mismo *llena eres de gracia* que si dijera *llena estás de gracia*. *Llena de gracia*, sin verbo alguno, podría ser lo mismo lo uno que lo otro. Al *llena eres de gracia* el texto tradicional español prosigue: *el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres*. Siempre el verbo *ser*, no el verbo *estar*. No se trata de un arcaísmo, sino de una manera que tuvo nuestra lengua de indicar un omnipresente: ahora y también antes y también después.

Nuestra acertada distinción entre *ser* y *estar* puede plantear, y de hecho plantea a veces, problemas en la traducción de otras lenguas al español. Tal es el caso, por ejemplo, que se presenta al traducir al español el texto latino *hodie mecum eris in paradiso* que desde la cruz dijo Nuestro Señor al buen ladrón según leemos en el evangelio de San Lucas 23, 43 (σήμερον μετ' ἐμοῦ ἔσῃ ἐν τῷ παραδείσῳ) y que acertadamente se trae a colación en el *Esbozo de una nueva gramática española*¹⁸. En Scío y en Nacar - Colunga: 'hoy *serás* conmigo en el paraíso'. En Torres Amat y en Bóver - Cantera: 'hoy *estarás* conmigo en el paraíso'. Cuestión no baladí, ni mucho menos, dada la oposición entre permanente y transitorio, entre inherente y accidental, entre *ser* y *estar*.

Después de estas consideraciones tan serias podrá parecer una ligereza recordar ahora que de algunos pueblos se dice que el *ayer* les preocupa poco y que el *mañana* parece preocuparles menos aún; esos pueblos *viven* sólo el presente, y así son felices¹⁹.

3.2. *El futuro*

Si al estudiar la expresión del mandato y también la que se refiere a la prohibición consultamos la Gramática de Port-Royal, podemos leer en su capítulo XVI: «l'impératif et le futur se prennent l'un pour l'autre, surtout en hébreu» Y después de aportar el testimonio o ejemplo de *non occides* =

¹⁷ San Lucas 1, 28.

¹⁸ 3.3.4.b. nº 3. pág. 368.

¹⁹ «El recuerdo y la esperanza — dice Teófilo Gautier a este respecto en el capítulo XIV de su *Voyage en Espagne* — es la felicidad de los pueblos que son desgraciados». Y opone a continuación la alegría de Sevilla a la seriedad de Córdoba que, según nos dice él mismo, parece soñar con nostalgia en los tiempos de su grandeza con Abderramán, y seguir recordando al Gran Capitán y otros esplendores pasados.

En nuestra *Gramática francesa* escribimos: «El español posee algunas modalidades para expresar la idea del imperativo que no se corresponden con el francés»²². Y citamos las siguientes:

a. El infinitivo precedido generalmente de la preposición *a*. Por ejemplo: *¡Y ahora a descansar y a no preocuparse de nada!* ‘et maintenant repose-toi et ne te fais pas de soucis!’.

b. El futuro de indicativo. Por ejemplo: *Obedecerás a tus superiores* ‘obéis tes supérieurs!’.

c. La expresión *haber de* seguida de infinitivo. Por ejemplo: *Has de ser menos orgulloso* ‘sois moins orgueilleux!’.

d. El presente de indicativo. Por ejemplo: *¡Tú te callas!* ‘tais-toi!’.

e. El presente de subjuntivo, para expresar un imperativo negativo. Por ejemplo: *No me molestes* ‘ne me dérange pas!’.

Vale la pena fijarse en la distinta manera de expresar en español el mandato por un lado y la prohibición por otro: imperativo en el primer caso, presente de subjuntivo negativo en segunda persona en el segundo. Y así procede decir: *coge ese libro y no cojas ese libro; entra y no entres; vete y no te vayas*.

No dejaremos de señalar el interés de las acertadas observaciones que bajo el epígrafe «Oraciones exhortativas» se hacen respecto a estas distintas formas de «imperativo» en el *Esbozo de una nueva gramática española*²³.

IV. EL DUAL

Al tratar de la categoría del número los gramáticos de nuestras lenguas suelen prescindir del dual por no tener aparentemente una forma especial o característica. Creemos, sin embargo, que no es acertado ni justo no darle cabida. Entre otras razones, porque nuestro indefinido *ambos*²⁴, y también *entrambos*²⁵ e incluso nuestro *uno y otro*, así como el alemán *beide* y los italianos *ambedue* y *ambi*, son auténticos duales, lo mismo que el latín

²² Madrid, Cátedra, B.IX. Sintaxis del verbo. n.º 2.13.5.

²³ 3.2.8. En este epígrafe no figura la forma *haber de* + infinitivo.

²⁴ En francés: *les deux* o *tous (les) deux*, o *l'un et l'autre*.

²⁵ Recuérdese, por ejemplo, la paremia *Berzas y nabos, para en una son entrambos* que aparece en *La Dorotea* de Lope de Vega.

*uterque*²⁶. Y lo mismo que el francés *les parents* y sus derivados *les grands-parents* y *les beaux-parents*. Y lo mismo que el alemán *die Eltern* y sus derivados *die Grosseltern* y *die Schwiegereltern*.

Por otra parte, no pocos de nuestros plurales son empleados en nuestras lenguas con un valor innegable de dual. Sobre todo en los sustantivos que se refieren a partes dobles del cuerpo como *las (dos) manos*, *los (dos) pies*, *los (dos) brazos*, *las (dos) piernas*, *las (dos) rodillas*, *los (dos) ojos*, *las (dos) orejas*, *los (dos) labios*, *las (dos) mejillas*, etc. Y también otros con los que designamos herramientas compuestas de dos piezas o dos partes similares como *las tijeras*, *las tenazas*, *los alicates*, *las esposas*, etc.

En lenguas como el griego clásico, el hebreo bíblico y el árabe, al dual se le ha concedido en la gramática y se le concede notable importancia no sólo porque realmente la tiene sino también y sin duda principalmente por manifestarse mediante unas marcas propias y características.

Así en hebreo como en árabe el numeral 2 se caracteriza por su afijo propio del dual: שְׁנַיִם para el masculino, שְׁתַּיִם para el femenino en hebreo; اثنتان para el masculino, اثنتان para el femenino en árabe.

Es curioso por otra parte que así en hebreo como en árabe el numeral 20 sea un plural, no de 2, sino de 10: عشرون (plural de عشرة, عشر 'diez').

El numeral 200, en cambio, sí es dual de 100 así en hebreo como en árabe: מאתיים (dual de מאה '100'); مائتان (dual de مائة '100'). Y asimismo el numeral 2.000 también es dual de 1.000: אלפים (dual de אלף); ألفان (dual de ألف 'mil').

El dual tiene tal fuerza en el griego clásico y en árabe que es empleado también en los pronombres personales e incluso en la conjugación. En árabe para las personas *ellos dos* y *ellas dos* y para *vosotros dos* y *vosotras dos*. En griego clásico para todas estas personas y también para *nosotros dos* y *nosotras dos*.

El nombre de Mesopotamia era en hebreo bíblico אֲרָם נְהַרַיִם, es decir 'Aramea (o Siria) de los dos ríos'. Aparece asimismo el dual en el nombre hebreo de Egipto: מִצְרַיִם, por considerarla bipartita: *Aegyptus, quae bipartita fuit*, como acertadamente dice el léxico de hebreo bíblico de Leopold.

²⁶ Cabría recordar expresiones como *uterque parens* que equivaldría al francés *les parents*, es decir 'el padre y la madre'; o *uterque fortuna* para indicar así la fortuna favorable como la adversa; o *uterque Oceanus*, para significar los dos océanos, el oriental y el occidental; o *in utramque partem disputare* para expresar que se considera así el pro como el contra.

Tampoco olvidaremos el nombre de Jerusalén, del caldeo ירושלים en hebreo ירושלים, por ירושלים.

Otro dual en el nombre aplicado al Mediodía: צהרים (dual de צהר 'luz o ventana'), que podría ser algo así como 'dos luces' o 'luz doble', o como 'la cima de dos líneas convergentes'.

En cuanto a la locución בין הערבים sería un equivalente de 'entre una y otra tarde', es decir 'entre el ocaso del sol y el crepúsculo'.

Cabe recordar por fin la terminación «aparentemente» dual de algunos sustantivos hebreos como מים ('agua, aguas') y שמים ('cielo, cielos'). Es algo parecido a lo que ocurre con lo que en gramática llamamos *plurale tantum* para designar algunos sustantivos que tan sólo tienen forma plural aun cuando se empleen para significar un singular, como sería el caso de סנורים ('ceguera, alucinación') y פנים ('faz o rostro').

El macedonio Alejandro Magno es conocido por los árabes con el significativo nombre de Du l Qarnain (ذو القرنين), es decir, 'el de los dos cuernos'. Y con ese nombre aparece en la literatura árabe e incluso en el Corán, sura 18 (*La Caverna*), aleyas 82 y siguientes. Para distinguirlo del Du l Qarnain conocido con el sobrenombre de «el Chico» (القرنين الصغير) se le llama a veces ذو القرنين الكبير, es decir Du l Qarnain el Grande²⁷.

Y ya que hemos citado este pasaje del Corán en el que aparece el nombre de Du l Qarnain, recordaremos que en esa misma sura, en la aleya 59 se habla del *lugar en el que los dos mares se juntan*; en la aleya 60 de *la confluencia de los dos mares*; y en la 63 se lee: *y volverán los dos sobre sus pasos*.

Una vez más se pone de manifiesto la íntima relación de la gramática con la semántica. En lenguas como el árabe, el hebreo o el griego, el dual aparece de manera inequívoca gracias a una terminación propia característica. En español, en cambio, y lo mismo en la mayoría de nuestras lenguas, el dual, en su aspecto formal, suele coincidir con el plural. Pero no deja de ser una realidad evidente.

²⁷ Véase, por ejemplo, Emilio García Gómez. *Un texto árabe occidental de la leyenda de Alejandro*. Madrid. Instituto Valencia de Don Juan. 1929, apartados XXXV-XXXVI y XLVIII.

5. EL GÉNERO

Aunque en el caso del género parezca en principio coincidir el enfoque de nuestras gramáticas con el que suele darse en cualquiera de las gramáticas de una lengua semítica, se dan, sin embargo, algunas discrepancias que deben ser tenidas en cuenta.

Para un árabe no bilingüe que se inicia en el conocimiento del español o del francés, no deja de ser sorprendente y embarazoso no poder marcar una diferencia así en el pronombre personal como en la conjugación verbal cuando se dirige a un hombre o a una mujer. La misma sorpresa que experimenta al comprobar que en nuestras lenguas no suele distinguirse entre una forma masculina y otra femenina para la inmensa mayoría de los numerales²⁸. Y es que en árabe, lo mismo que en hebreo, los numerales cardinales tienen una forma masculina y otra forma femenina.

En algunas de nuestras lenguas se habla de género masculino y de género femenino. En otras, como en la alemana, la latina y la griega, cabe distinguir entre género masculino, género femenino y género neutro.

Aunque de uso un tanto restringido, en español también tenemos género neutro, y su uso debe ser tenido en cuenta en la normativa gramatical. En el *Esbozo de una nueva gramática española*²⁹, por otra parte, se afirma que «la categoría *nominal* del neutro no existe en la lengua española» Prescindiremos ahora de esta cuestión, y asimismo nada diremos de la que consideramos incorrecta traducción española del *Hoc est enim corpus meum* de la fórmula para la consagración del pan por *Esto es mi cuerpo*, en lugar de *Éste es mi cuerpo*, aunque es cierto que en los manuales bilingües alemanes anteriores a las reformas posconciliares solía aparecer la fórmula *Das ist mein Leib*.

En árabe y en hebreo, por otra parte, no suele hablarse de un género neutro para los sustantivos; pero sí de un género común para los casos en

²⁸ Sin embargo, los numerales cardinales de 3 a 10 toman en árabe la forma femenina cuando los objetos contados son de género masculino, y la forma masculina cuando los objetos son de género femenino. Esta aparente «anomalía» que también se da en el hebreo bíblico, se explica según Caspari (*Grammaire arabe* n.º 317-319) por la importancia que los árabes otorgan a la naturaleza sustantiva de los «nombres de número» que tratan de distinguir de los adjetivos. Como éstos concuerdan en género con los sustantivos que califican, los árabes han dado a los «nombres de número» la forma del género opuesto al del sustantivo.

²⁹ 2.2.3.

los que un sustantivo es a la vez masculino y femenino. Es el caso, por ejemplo, del árabe نفس 'alma', aunque su correspondiente hebreo נַפְשׁ sea siempre femenino.

Por otro lado, para expresar en árabe el neutro español de nuestro pronombre demostrativo (*esto, eso, aquello*) solemos recurrir a la forma masculina ذلك *هَذَا*. Cabría recordar la locución *وبهذا* 'por eso, por lo tanto, por consiguiente'.

Suele afirmarse que la categoría de género (masculino y femenino) responde en principio a la diferencia de sexo; y en consecuencia serían femeninos los nombres de hembras, y masculinos los que corresponden a machos. Teóricamente está muy bien. Pero son muchísimos los nombres de animales que sólo tienen una forma así para el macho como para la hembra. Y por otra parte cabría también recordar que al español *rata* (f.) y al alemán *Ratte* (también femenino) corresponde en francés *rat* (m.); y en cambio al francés *souris* (f.) y al alemán *Maus* (asimismo femenino) corresponde en español *ratón* (m.). Sería muy fácil multiplicar los ejemplos de nombres de animales cuyo género no se corresponde exacta y necesariamente con el sexo. Pero la simple cita rebasaría los límites de esta ponencia.

No pasaremos, sin embargo, por alto una observación respecto al hebreo bíblico que a primera vista resulta por lo menos sorprendente. Al singular masculino אב 'padre' corresponde un plural אבות 'padres' con terminación propia del plural femenino, algo así como si dijéramos en español un hipotético barbarismo «padras» en lugar de «padres»; y por otra parte, a un singular אשה (f.) 'mujer' corresponde un plural נשים 'mujeres' con terminación propia del plural masculino, como si dijéramos un no menor barbarismo «mujeros» en lugar de «mujeres»³⁰.

Si con razón sorprenden estas aparentes anomalías en el plural de las palabras hebreas אב 'padre' e אשה 'mujer', con mucha mayor razón puede sorprender el género femenino que en francés se atribuye a sustantivos que tradicionalmente han venido correspondiendo a hombres hasta que muy recientemente también las mujeres han tenido acceso a las Fuerzas Armadas y también algunas han entrado a trabajar incluso en las minas. Nos referimos a los sustantivos de género femenino en francés *une sentinelle* 'un centinela' y *une gueule noire* 'un minero de mina de carbón'. Añadamos

³⁰ En cambio, desde el punto de vista del género son completamente normales las terminaciones de los siguientes plurales en relación con los anteriores: אנשים, plural de איש (m.) 'hombre'; אמהות, plural de אמה (f.) 'madre'; בנים, plural de בן (m.) 'hijo', y בנות, plural de בת (f.) 'hija'.

une recrue 'un recluta' y *une gueule cassée* 'un excombatiente de la guerra del 14 mutilado en la cara'.

Respecto a *centinela* cabe recordar, sin embargo, que su correspondiente alemán *Schildwache* es de género femenino y que el español *centinela* puede ser considerado como ambivalente³¹. En cuanto a *recluta*, el Diccionario de Autoridades le atribuye género femenino, y como para confirmarlo aporta el ejemplo de una orden militar del año 1728 que (en su lib. I, tít. 1, art. 9) dice así: *Ordenamos a los sargentos mayores de Infantería, Caballería y Dragones, que al mismo tiempo que tomaren la filiación de las reclutas, las instruyan.*

Menos importancia tiene la diferencia de género entre las distintas lenguas, por ejemplo el francés y el español, en nombres geográficos como los que empleamos para designar montañas y mares. Y así, frente al masculino español de *los Pirineos*, *los Vosgos* y *los Alpes*, entre otros, o *el Mediterráneo*, *el Jónico* y *el Tirreno*, tenemos los correspondientes franceses de género femenino: *les Pyrénées*³², *les Vosges*, *les Alpes*³³, *la Méditerranée*, *la mer Ionienne* y *la mer Tyrrhénienne*.

En nuestras lenguas parece prevalecer el género masculino. En las semíticas, en cambio, prevalece el femenino. Y así, las gramáticas árabes suelen afirmar que son masculinos los que no son femeninos³⁴.

En una de nuestras largas conversaciones sobre temas de lingüística árabe con el profesor Yusef Elbes, de nuestro Instituto de Lenguas Modernas y Traductores de la Universidad Complutense de Madrid, planteamos este problema; y tratando de buscar una explicación, él nos alegó entonces un bonito pasaje según el cual *el paraíso está a los pies de las madres*. No deja de ser significativo.

En hebreo bíblico los nombres abstractos suelen ser femeninos, así como los que se refieren a nombres del cuerpo humano o de cualquier otro animal; y lo mismo los nombres geográficos de regiones, naciones y ciuda-

³¹ Por ejemplo en el *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*. 2.2.4. El DRA en su edición de 1992 lo da como de género masculino, aunque añadiendo «u.t.c.f.» (es decir. úsase también como femenino). En otras ediciones anteriores, como la de 1970 y la de 1939, entre otras, figura como ambivalente. En el de Autoridades se le daba género femenino.

³² Recuérdese *les Pyrénées Orientales*.

³³ Recuérdese *Hautes-Alpes*, *Alpes Australiennes* y *Alpes Néo-Zélandaises*.

³⁴ Teniendo en cuenta que el neutro no existe en los sustantivos, aunque sí el género común, podríamos sentenciar *Perogrullus dixit*.

des, y los que se refieren a seres o cosas de la naturaleza. El árabe, también en este punto, coincide en buena parte con el hebreo.

Aunque en la mayoría de nuestras lenguas no se distinga entre una forma masculina y otra femenina para las personas «nosotros» y «vosotros», sí lo hace el español: *nosotros / nosotras; vosotros / vosotras*.

En hebreo y en árabe, una sola forma para la persona «nosotros»: אנחנו o נחנו y نحن respectivamente. Pero sí dos formas para «vosotros / vosotras»: אתם (m.) y אתן (f.), أنتم (m.) and أنتن (f.)³⁵.

Así en árabe como en hebreo, sólo en la persona «yo» y en la persona «nosotros / nosotras» el pronombre personal tiene una forma común prescindiendo de su género: אנכי y אנחנו o נחנו en hebreo; أنا y نحن en árabe.

Para una mayor precisión cabría añadir que en árabe tampoco tienen forma distinta para el masculino y para el femenino ni el dual «vosotros dos / vosotras dos»: أنتما, ni el que corresponde a «ellos dos / ellas dos»: هما o هم.

Sorprendente para nuestra mentalidad pensar en una distinción entre un «tú» masculino y otro «tú» femenino. Para un árabe no bilingüe, en cambio, resulta difícil y en cierto modo incomprensible no poder escoger al utilizar una de nuestras lenguas, un pronombre personal «tú» femenino para dirigirse a una mujer y otro masculino para dirigirse a un hombre.

Más sorprendente aún, si cabe, el hecho de que todas estas distinciones según se trate de un sujeto masculino o de un sujeto femenino queden reflejadas en las desinencias verbales. Así, a nuestra forma *mataste* corresponde en árabe قتلت (*qatalta*) si el sujeto es un hombre y قاتلت (*qatalti*) si es una mujer; y a nuestra forma «mató» corresponderá قتل (*qátala*) si el sujeto es masculino y قاتلت (*qátalat*) si es femenino.

En la conjugación árabe se distingue entre «tú» masculino y «tú» femenino, entre «vosotros» y «vosotras», entre «él» y «ella»³⁶, entre «ellos» y «ellas», entre «ellos dos» y «ellas dos»³⁷; pero no distingue entre un «yo» masculino y un «yo» femenino, ni entre «nosotros» y «nosotras», ni entre «vosotros dos» y «vosotras dos».

³⁵ La distinción de género en el pronombre personal semítico no se limita al pronombre aislado sino que también tiene lugar cuando es empleado como sufijo.

³⁶ En el imperfecto la persona «ella» coincide en su desinencia verbal con la persona «tú» masculino.

³⁷ En el imperfecto la persona «ellas dos» coincide con la persona «vosotros dos», «vosotras dos» en su desinencia verbal.

En la conjugación del hebreo bíblico cabe distinguir entre «tú» masculino y «tú» femenino, entre «vosotros» y «vosotras», entre «él» y «ella»³⁸; pero no se distingue entre un «yo» masculino y un «yo» femenino, ni entre «nosotros» y «nosotras». En cuanto a las personas «ellos» y «ellas»³⁹ no hay distinción en lo que llamamos perfecto, pero sí en lo que denominamos imperfecto.

Y es que en las lenguas semíticas un recuerdo del pronombre personal sujeto queda reflejado en forma afijada en la conjugación verbal, lo mismo si no se emplea como si se emplea el pronombre separado. Tengamos presente además que, el orden normal de las palabras en la frase árabe es el de «verbo - sujeto - complemento directo - complemento indirecto - complementos circunstanciales».

Del no estricto rigor en la observación del género en la lengua puede ser buen síntoma lo que pasó con los sustantivos latinos en *-or*, masculinos en latín clásico⁴⁰, y luego femeninos en latín popular de las Galias⁴¹, explicando en buena parte la oposición en cuanto al género entre los sustantivos en *-or* del español y sus correspondientes franceses en *-eur* que en su mayoría son de género femenino⁴².

VI. EL DIMINUTIVO

Como lengua afectiva, y por lo mismo expresiva, el español es muy rico en el empleo de diminutivos. En repetidas ocasiones, sobre todo al tratar de la problemática de la traducción, hemos traído a colación nuestras expresiones *agüita fresca* y *fresquita el agua*⁴³. Por más que nos esforcemos en

³⁸ En el imperfecto la persona «ella» coincide con la persona «tú» masculino.

³⁹ En el imperfecto la persona «ellas» coincide con la persona «vosotras».

⁴⁰ En latín clásico son masculinos los sustantivos en *-or*, salvo *arbor* que es femenino; *aequor* (= llano, vega) que es neutro; *cor* que también es neutro; y *marmor* que asimismo es neutro.

⁴¹ Por la tendencia a considerar femeninos los sustantivos abstractos.

⁴² Entre las pocas excepciones y como las más significativas recordaremos *honneur* (masculino así en francés como en español), y especialmente *labeur* (masculino en francés y femenino en español).

⁴³ Particular fuerza expresiva cobraban estas frases cuando eran exclamadas por una aguadora o un aguador de aquéllos que en el siglo XIX tanto llamaban la atención de los viajeros extranjeros como Teófilo Gautier y Alejandro Dumas padre y que también inspiraron a algunos de nuestros costumbristas españoles como el riojano Bretón de los Herreros, autor de

buscarles correspondencia en otras lenguas, sólo lo conseguiremos en algunas como el catalán, el gallego y el provenzal; pero fracasamos en la mayoría de las demás lenguas conocidas.

¡Qué bonitas, por otro lado, expresiones como *un hombrecito pequeñito* o *un hombrecito chiquitín*, cuya equivalencia en francés la podríamos encontrar en «un tout petit homme»!

Es una de las cuestiones que conviene tener muy en cuenta al enfocar este punto en nuestras gramáticas.

También el árabe, por su marcada tendencia a la afectividad y por ser una lengua muy expresiva, hace un gran empleo del diminutivo con una forma propia que responde a un infijo «ي» y a una vocalización «u - a - i» con la terminación que en cada caso corresponda. El enfoque de la gramática árabe, una vez más, no se corresponde con el de nuestras gramáticas.

Vale la pena señalar que unos cuantos de nuestros arabismos españoles proceden de sustantivos en forma diminutiva. Entre otros muchos, los nombres propios *Almudena* o *Almudaina* (المدينة, diminutivo de المدينة 'ciudad', *Alcolea* (القلعة, diminutivo de القلعة 'castillo', *Albufera* (البحيرة, diminutivo de البحر 'el mar', y los comunes *azotea* (السطيحة, diminutivo de السطح 'terraza', y *jofaina* o *aljofaina*⁴⁴ (الجفينة, diminutivo de الجفنة 'escudilla'.

Lo realmente curioso y sorprendente es la existencia en árabe de diminutivos del pronombre demostrativo; y más aún, si cabe, del pronombre relativo. También los hay —cosa por otra parte menos sorprendente— de adverbios, como قبيل 'algo antes, un poquito antes' formado sobre el adverbio قبل 'antes'. Al traducir el adverbio diminutivo árabe قبيل por 'algo antes' o 'un poquito antes', instintivamente recordamos nuestro diminutivo *poquito* que a su vez recuerda el latín *paullulum* y que se corresponde con la expresión francesa *un tout petit peu*; pero que, curiosamente, el árabe no acierta a expresar por considerar que *poco* es ya de por sí en cierto modo un diminutivo.

En nuestro lenguaje familiar es fácil oír expresiones como *hace un poquito frío*, o *eso tiene poquita importancia*, o *eso tiene poquita gracia*, o *está un poquito enfermo*, o *es un poquito tonto*, todas ellas de no fácil correspondencia en otras lenguas.

la letra de la popular canción *La Aguadora* que, por asociación de ideas, nos trae a la memoria la famosa zarzuela *Agua, azucarillos y aguardiente* de Carrión y Chueca.

⁴⁴ Algunos autores lo consideran provenzalismo. Pero, aun en el caso poco probable de que pudiera haber penetrado en español a través del provenzal, no dejaría de ser un arabismo.

Acabamos de recoger la expresión *eso tiene poquita importancia*. Cabe ponerla en relación con *tiene poca importancia* y con *tiene muy poca (o poquísima) importancia*, a las que podríamos añadir *tiene muy poquita importancia*. Si nos proponemos buscar correspondencias exactas y precisas en otras lenguas, nos las veremos y nos las desearemos, y es muy probable que no lo consigamos.

Si reflexionando en la expresión *eso tiene poquita importancia* tratamos de captar su auténtico significado, podríamos deducir que viene a equivaler a *tiene muy poca importancia*, tratándose a la vez de un diminutivo formal y de un superlativo real, porque al disminuir el alcance de *poca* con su forma diminutiva, la importancia resulta ser menos que poca, disminuyendo aún más si le añadimos el adverbio *muy*.

Esta hipótesis se ve reforzada con el testimonio del diminutivo latino *paululum*⁴⁵ que puede ser empleado así para significar *poquito* y *muy poquito* como para el valor de *muy poco* o *poquísimo*.

En español el diminutivo nos ofrece unas posibilidades muy grandes, de difícil correspondencia en otras lenguas. Pensemos asimismo en nuestro familiar *acaba de llegar ahora mismito* o *lo acabo de ver ahora mismito* y en tantos diminutivos por el estilo en algunas hablas hispanoamericanas.

Cuando en pleno otoño, en torno al día de San Martín (el 11 de noviembre), se nos presentan unos días de buen tiempo que en cierto modo nos hacen recordar y quizá añorar los buenos tiempos del verano, decimos en español que ha llegado o se ha presentado *el veranillo de San Martín* y los franceses que ha llegado *l'été de la Saint-Martin*⁴⁶. Muy bien ese diminutivo del español, pues por un lado se trata de un «verano» corto, o más bien cortito (en diminutivo), y por otro porque generalmente saben a gloria esos días de temperatura agradable del otoño, en su paso del ecuador, cuando ya se está acercando el invierno. Nada mejor que un diminutivo, por su valor afectivo. Ese valor afectivo que hallábamos presente asimismo en *agüita fresca* o *fresquita el agua* cuando uno la desea con ardor.

⁴⁵ ¡Magnífico el *paululum dormies, paululum dormitabis, paululum conseres manus, ut dormies* de la Vulgata en *Proverbios* VI, 10! Aparente hebraísmo reflejado en la traducción latina de San Jerónimo que Scio reproduce en español diciendo: «Poco de sueño, poco de dormir, poco de estarse con las manos cruzadas.»

⁴⁶ Cabría recordar que a nuestro *veranillo de San Martín* corresponde en cierto modo, aunque sin reflejo expresivo lingüístico, *el verano indio* o *el verano de los indios* o *el verano de los salvajes* que se dice en Canadá para designar una breve vuelta al buen tiempo después de haberse iniciado el otoño.

VII EL SUPERLATIVO

Por considerar el grado superlativo como propio y casi exclusivo del adjetivo, parece sorprender a veces que se hable del superlativo no referido a un adjetivo. Sin embargo, es harto evidente que así en español como en otras lenguas, se dan no pocos casos de adverbios en superlativo. Basta recordar, entre otros, nuestros adverbios *lejísimos*, *cerquísima*, *prontísimo* y *tardísimo*. Pero no sólo el adjetivo y el adverbio, sino también el verbo y el sustantivo pueden en algunos casos ser elevados al grado superlativo. ¿No es acaso un superlativo el verbo francés *parachever* que, a diferencia de *achever* ‘acabar’, ‘terminar’, tiene el valor de «conduire au dernier point de perfection»? Cosa parecida cabría decir de algunos otros verbos con esa inicial *par* o *per* como *parvenir* y *perfectionner*, y sobre todo *parfaire* que suele ser explicado en francés como «achever de manière à conduire à la perfection», y que naturalmente responde al latín *perficere*, especie de superlativo de *facere*. Y qué es si no un superlativo, esa preciosa expresión *Cantar de los Cantares*? Lo mismo que la de *manjar de dioses* y la de *placer de dioses* y otras muchas como cuando decimos una *verdad verdadera* para indicar *una verdad muy grande* o *una muy gran verdad*.

El título de *Cantar de los Cantares* en español responde, como es bien sabido, a un superlativo hebraico, con el significado de ‘cantar muy bello’ o ‘cantar sin igual’, o mejor aún ‘el más bello cantar’, o ‘el cantar por excelencia’. El ya consagrado título de *Cantar de los Cantares* es una auténtica maravilla lingüística que por nada debemos perder. Lo mismo que el francés *Cantique des Cantiques*, o el italiano *Cantico dei Cantici*, o el inglés *Song of Songs*. En alemán, a partir del siglo xvi quedó consagrado *Hohelied* o *das Hohelied*, en lugar del anterior *Lied der Lieder* que constituía un precioso hebraísmo germánico.

Un traductor español afirma que debería decirse *el mejor cantar* o *el más bello cantar*. Y, aunque respetando por su arraigo, *Cantar de los Cantares* en el título, en el versículo 1 del capítulo 1, escribe: *El mejor cantar por Salomón*, en una construcción que no deja de resultar extraña en español. *Cantar de los Cantares* —afirma ese traductor— es la forma popularizada y, por ello, difícil de desarraigar» Por nuestra parte no vemos necesidad alguna de desarraigar esta forma, no sólo por su condición de «popularizada», sino sobre todo por su belleza lingüística y por el enrique-

cimiento que supone para nuestras lenguas desde el punto de vista de la expresividad.

Se trata, como decíamos, de un precioso superlativo hebraico. Parecido al que empleamos cuando decimos *Dios de dioses*, expresión en la que no ha de verse una concesión al politeísmo, como se ha pretendido, ni al sincretismo religioso al que eran tan proclives en el antiguo Israel, sino un superlativo mayestático por antonomasia, como cuando decimos *el Altísimo*. Este superlativo hebraico está muy metido en nuestro idioma, y lo encontramos en expresiones de origen religioso procedentes del Antiguo Testamento como cuando decimos *vanidad de vanidades*⁴⁷ o *rey de reyes y señor de los señores*. o cuando hablamos del *sancta sanctorum*.

La expresión *eres toda hermosa* que leemos en el Cantar de los Cantares (4, 7) constituye asimismo, a nuestro entender, otro superlativo más. Decir *toda hermosa* es como decir *hermosísima* o *la más hermosa*. El latín *tota pulchra* equivale evidentemente al superlativo también latino *pulcherrima*, o sea *bellísima*, *hermosísima*, *guapísima*, o *la más bella*, *la más hermosa*, *la más guapa*. Tan bella, tan hermosa, tan guapa que en ella no cabe defecto alguno ni mancha alguna.

Muy cerca de esta forma de superlativo está la que empleamos al decir *por los siglos de los siglos* en español o *per omnia saecula saeculorum* en latín. El francés dice asimismo *par les siècles des siècles*. El alemán, en cambio, lo expresa diciendo *und in Ewigkeit*, aunque también existe la fórmula *von Ewigkeit zu Ewigkeit*.

Otra forma de superlativo, de origen asimismo hebraico consiste en añadir *de dioses* al sustantivo que se quiere hacer resaltar. Es el caso de las expresiones *manjar de dioses* y *placer de dioses* que recordábamos más arriba. Responde a formas hebreas como *ההרים אלוריים* (literalmente: *montes de Dios*) para expresar 'montes altísimos' o 'montañas imponentes'.

Una de las maneras de expresar el superlativo en el hebreo bíblico consistía en repetir la palabra. Por ejemplo: *עמק עמק* literalmente: 'profundo profundo', es decir 'muy profundo'. Es el caso de *madre madre* para significar 'muy madre'; y en cierto modo el de *café café* para decir 'café auténtico' o 'café de verdad'; y a veces 'muy buen café' o 'café excelente'. Muy

⁴⁷ Responde al *uanitas uanitatum* del latín, que a su vez se corresponde con el texto griego de los Setenta *ματαιότης ματαιότητων, πάντα ματαιότης*, traducción literal de la expresión hebrea *הבל הבל הבלים הפל הבל* de *Eclesiastés* 1, 2 y 12, 8.

significativo a este respecto el *bonbon* francés que dio el español *bombón*, aunque con un conocido cambio semántico.

¡Qué difícil resulta traducir a otra lengua el superlativo español *cuantísimo* en expresiones como nuestro *¡cuantísimo te quiero!* (familiar si se quiere, pero no incorrecto, y en cambio muy expresivo). Resulta poco menos que imposible reflejar en otra lengua toda la fuerza que tiene en español.

Por todo esto y también por otras razones, el superlativo merece una mayor atención que la que generalmente se le concede ya que, como estamos viendo, tiene una importancia muy grande desde el punto de vista de la expresividad. Pensemos sencillamente en ese precioso *¡eres el mismísimo demonio!*, con un superlativo del indefinido *mismo*, que también él, en su origen, fue un superlativo, fácil de reconocer en el latín *metipsimus*. Y pasamos por alto los casos de superlativo de superlativo a su vez de otro superlativo, como nuestro *chiquirritín*. Y asimismo los que encontramos en expresiones como *tantísimo dinero*, a diferencia de *tanto dinero*.

VIII. CONCLUSIONES

Por las naturales limitaciones de tiempo nos vemos obligados a prescindir de diversas cuestiones que podrían y deberían ser consideradas. Entre otras, el orden de las palabras.

En nuestras consideraciones hemos recurrido con frecuencia al hebreo bíblico y al árabe clásico. Lo hemos hecho, entre otras razones, porque en hebreo están escritos casi todos los libros del Antiguo Testamento, libro sagrado para los judíos y para el cristianismo, sin olvidar que la Biblia (Antiguo y Nuevo Testamento) es el libro más universal y el que mayor número de traducciones conoce en propiamente la totalidad de las lenguas conocidas. Las influencias lingüísticas de la Biblia, o bien directamente o bien a través de las distintas versiones, en especial de la latina de San Jerónimo, es en nuestras lenguas mucho más importante de lo que suele creerse, como hemos tratado de poner de manifiesto en diversos estudios. Y en árabe está escrito el Corán, libro sagrado de la religión musulmana, seguida por varios millones de mahometanos pertenecientes a diferentes etnias, culturas y lenguas.

Por otra parte, cuando nos iniciamos en el conocimiento de una lengua semítica, tenemos la sensación de adentrarnos en un mundo nuevo. La

misma sensación que experimenta un semita al adentrarse en cualquiera de nuestras lenguas indoeuropeas. Son dos mundos distintos. A pesar de las apariencias, debidas al enfoque universal y en cierto modo «uniforme» que se ha dado a la gramática de las distintas lenguas, la morfología y la sintaxis de cada una de ellas tienen unos procedimientos distintos y su enfoque no debería coincidir. Y esto lo decimos no sólo pensando en lenguas de distintas familias, sino incluso para lenguas tan próximas como el español y el francés, a pesar de su origen latino común.

No olvidemos, por otra parte, que al adquirir una nueva lengua se adquiere (o se debe adquirir) una nueva cultura, y una nueva manera de pensar, de ver y de sentir. Es una observación que debe ser tenida en cuenta al enfocar cualquier estudio gramatical serio.

Por eso mismo, la gramática no se ha de limitar a dar reglas y normas. Además de normativa, debe estar orientada a fomentar la observación y la reflexión, ha de hacer pensar y debe contribuir a la formación intelectual, especialmente a la que dice relación con la lingüística.

Para ello se impone presentar todas las cuestiones con objetividad y con la mayor claridad posible. En lugar de «hacer difícil lo fácil», como ocurre con harta frecuencia, el teórico y sobre todo el profesor de gramática se han de esforzar para «hacer fácil lo difícil»

Difícil o fácil, fácil o difícil, el estudio de la gramática exige precisión. La vida de nuestros días, sin embargo, y quizás más aún la que se avecina no es muy propicia para ello. En algunos aspectos se vive demasiado superficialmente y no se da importancia a cosas que realmente la tienen, aunque no produzcan dinero ni bienes materiales.

El ambiente en el que nos vemos envueltos ha favorecido el abandono de la gramática. Frente a ellos debemos reaccionar y procurar una enseñanza fácil sí, pero también metódica y rigurosa, precisa y exacta de la gramática.

En lenguas con una estructura diferente como son las de una lengua semítica respecto a otra indoeuropea, una compenetración con cada una de sus gramáticas es fundamental y absolutamente necesaria para poder conseguir una buena traducción. Lo hemos venido comprobando una y otra vez al examinar algunas de las traducciones más recientes del Antiguo Testamento al español y también a veces a otras lenguas; y de manera especial lo habíamos observado en los textos en ladino de la Biblia que emplean y sobre todo empleaban los sefardíes. En repetidas ocasiones, por no decir de una manera constante, el ladino bíblico fuerza las estructuras lingüísticas adaptándolas a las del hebreo.

A veces se oye decir, como justificación de una postura o de un enfoque, «yo no soy lingüista, sino filólogo»; y otras, en cambio, «yo no soy filólogo, sino lingüista» Modestamente creo que el filólogo ha de ser lingüista y que el lingüista ha de ser filólogo.

No sería justo por nuestra parte terminar esta intervención sin dedicar públicamente unas palabras de agradecimiento a la Universidad de las Islas Baleares y al «Estudi General Lul·lià» bajo cuyos auspicios se está celebrando este XXVII Simposio de la Sociedad Española de Lingüística. Y lo hacemos con un recuerdo, otra vez emocionado, a la figura del insigne semitista balear Beato Raimundo Lulio. Y también a la figura asimismo universal de fray Junípero Serra, natural de Petra, a quien España y los Estados Unidos son deudoras de reconocimiento por su extraordinaria labor evangelizadora en la California hispana.

Para terminar, y consciente del atrevimiento que ha supuesto enfrentarme en este Simposio con un problema tan delicado, hago propias las palabras que nuestro historiador Alfonso Moreno Espinosa puso al frente de su *Compendio de Historia Universal*: «Feci quod potui, faciant meliora potentes»